

Entrevista a Pedro Morandé Court, profesor emérito de Sociología UC

«La modernización en Chile se ha hecho con un esquema que ignora la cultura nacional y latinoamericana».

Por Luis Robert Valdés

Después de unos años difíciles, alejado de sus actividades —una enfermedad lo hizo abandonar abruptamente sus clases—, Pedro Morandé Court (73 años), uno de los intelectuales católicos más importantes de Latinoamérica, no parece haberse retirado a los cuarteles de invierno. Hace pocos meses, su *alma mater*, Pontificia Universidad Católica de Chile, le entregó el reconocimiento de Doctor Scientiae et Honoris Causa y, por segunda vez en su vida, después de haber presentado su renuncia hace algunos años, el Papa Francisco lo nombró miembro de la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales.

Ante nuestra petición de entrevistarlo, nos dice «estoy con bastante disponibilidad de tiempo, como buen jubilado», haciendo eco de su último reconocimiento académico donde resaltó la importancia de la “soledad”, la antigua *ataraxia* de los griegos, destaca —en esta entrevista— la serenidad con que ve los últimos sucesos ocurridos en Chile.

—¿Qué es lo que más extraña de la universidad?

—Su proyecto educativo. El abandono progresivo de su proyecto educativo originario, que fue y sigue siendo formar profesores y estudiantes en la búsqueda e interpretación de la realidad en el conjunto de todos sus factores. La sociedad, en sus condiciones actuales, ha tendido a sustituirlo por el adiestramiento eficiente y especializado a favor de la lógica funcional. Pero a pesar de la fuerza imparable de esta tendencia, la idea originaria de la universidad continúa vigente, como dan testimonio muchos colegas, ayudantes y estudiantes que logran trascender la lógica funcional imperante. Aunque se enseñe lo inmediatamente útil al momento social que se vive, los universitarios saben que muy pronto quedará obsoleto y buscan encontrar, por ello, las raíces de la inteligencia.

—Usted siempre hizo clases en pregrado, específicamente en primer año, ¿por qué?

—Fue una opción de vida muy ligada a mi experiencia educativa. Ya en los primeros años de estudio se percibe con claridad la originalidad del saber y su insaciable tendencia a profundizar cada vez más. En esta experiencia se descubre la más honda motivación de la inteligencia y la fecundidad de su transmisión a otras personas.

Todos hemos recibido el saber de quienes nos han precedido y nuestros estudiantes lo retransmitirán en su momento a las futuras generaciones. Educar es ayudar a otros a nacer a la vida.

—**En la Universidad Católica, sobre todo en el ámbito de la política universitaria, parece existir una cierta tensión entre la misión propiamente académica y la misión social de la universidad. San Alberto Hurtado decía que esta debía ser el «cerebro del país». ¿Cómo cree que un universitario debería resolver esta cuestión?**

—La misión académica es parte de la dimensión social. No en el sentido de que ayude a resolver sus problemas coyunturales, lo que ocasionalmente puede darse también, sino en el sentido de formar personas con inteligencia equilibrada, razonable, dispuesta a tomar en serio la subjetividad y el protagonismo de las personas con quienes forma una vida en común. No se vive humanamente aislado, sino que con otros y para otros. El dato vital más elemental de la vida humana es que ella ha sido recibida de otros y está invitada a continuar la cadena ontogenética en que se sostiene. Si esto vale para la vida biológica, con cuánta mayor propiedad vale para la vida humana plena de sentido que busca los caminos del infinito

20

—**En su labor intelectual, usted reconoce una dimensión social de la fe católica. Sin embargo, hoy en día algunos prefieren hablar de «católicos en política». ¿Usted cree que ello refleja una cierta crisis del «catolicismo social chileno», en el sentido de que el énfasis está puesto en la catolicidad personal de un político, pero no en la posibilidad de desarrollar una cultura política, al modo como lo hizo el socialcristianismo chileno?**

—Me parece que tal dilema, en verdad, no existe. No se puede entender la política, sin menoscabo para ella, como una actividad separada de la vida social. Como ha quedado en evidencia a partir de los hechos de octubre de 2019, la frontera entre la política y el resto de la vida social se puede diluir rápidamente en momentos de crisis. Cuando ello ocurre, la población pierde confianza en la política, en la credibilidad de sus dirigentes. Lo mismo pasó, por lo demás, en el seno de las comunidades católicas. La desconfianza corroe todos los liderazgos. La sola autoridad política o religiosa no puede imponer desde sí misma la confianza dilapidada, sino que debe reconstituirla pacientemente en comunidad con otros seres humanos.

—**En este mismo contexto, ¿cuál es, a su juicio, la misión del intelectual católico en el Chile que vivimos? Hubo un debate reciente a propósito de un libro de Ignacio Walker...**

«Cuando la violencia no tiene otro fin que la violencia misma, deja de ser respuesta a alguna pregunta y se transforma ella misma en un vacío».

—El papel del intelectual católico, ahora y siempre, es discernir la presencia de la *communio* eclesial en las circunstancias históricas que se atraviesan. No se trata de la jerarquía católica o de quienes participan como católicos de la política, sino del «misterio del Verbo encarnado», para usar la rica expresión del Vaticano II. Ello incluye esencialmente los vínculos de Verdad y Caridad, como han acentuado todos los pontífices posteriores al Concilio. Tal misterio involucra ciertamente a los laicos (y tuve la suerte de participar en el Sínodo de 1987 sobre los laicos), pero involucra a todo el pueblo

santo de Dios, cualquiera sea su condición o su ministerio. He sido siempre un acérrimo defensor de la religiosidad popular, porque de ella viene la fe que recibimos. La Conferencia Episcopal de Aparecida del 2007 (en la que también tuve el gusto de participar) puso la religiosidad popular en su justa proporción.

—Somos herederos de una cierta cultura legalista que tiende a visibilizarse en las grandes expectativas puestas en el proceso constituyente en curso. Algunos autores han distinguido entre «Constitución histórica» y «Constitución escrita» de Chile, ¿está de acuerdo?

—En las sociedades en que hay escritura, las constituciones son textos escritos. Esto vale para nuestro ordenamiento jurídico que consagra además el principio hermenéutico de «atenerse al tenor literal de la ley». Los principios de la tradición oral, aún más fuertes que la escritura, no tienen valor legal ni reciben, por tanto, la fuerza pública para su ejecución. La pregunta es entonces si acaso los que sostienen la ley y la invocan le atribuyen realmente autoridad, o consideran más bien que es una «mascarada» a la que hay que acomodarse según conveniencia. Es decir, estamos ante el problema de la credibilidad de la ley, de la buena fe con que las personas participan de ella. Para el adecuado discernimiento de este fenómeno es muy útil ciertamente la conciencia histórica. Ya hemos visto que tal conciencia no es unitaria, de modo que no hay más remedio que apelar a la buena voluntad de quienes desean vivir en paz y con una seguridad social garantizada.

—Usted ha hablado sobre la cuestión del nihilismo en la sociedad moderna. ¿Cómo lo ve expresado en el llamado estallido social? La violencia que experimentó el país es quizá una de las más impresionantes de la historia de Chile...

—El nihilismo no es solo un fenómeno actual, sino que ha acompañado a la sociedad occidental desde el surgimiento del mundo moderno. Nietzsche lo definió como «aquella situación donde los valores fundamentales pierden su vigencia, falta la finalidad, falta la respuesta a la pregunta por el porqué». Creo efectivamente que durante el estallido social quedó en evidencia esta falta de finalidad. Cuando la violencia no tiene otro fin que la violencia misma, deja de ser respuesta a alguna pregunta y se transforma ella misma en un vacío. Puede ser el vacío social de la desconfianza en la norma, pero puede ser también el vacío interior del rechazo a la vida o de la disolución del «yo» de su verdad y originalidad propias. Con un yo disuelto en una sociedad disuelta terminan la libertad y la dignidad de las personas. Eso fue lo que ya pasó, aunque felizmente de modo circunscrito, pero que podría pasar nuevamente si no se abordan las raíces de la enfermedad.

21

«El mercado como tal no representa nada corrosivo para la cultura. Otra cosa muy distinta, y particular de nuestra época, es identificar el mercado con el intercambio financiero o subordinarlo directamente a él».

—Carlos Peña ha dicho que es lo que conllevan, inevitablemente, de los procesos de modernización capitalista experimentados por Chile en los últimos años. ¿Cómo compatibilizaría esta visión con una perspectiva de la «sociología de la cultura» basada en la noción de persona humana que usted ha desarrollado en sus escritos?

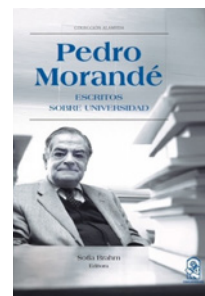
—Comparto el juicio de Carlos Peña, quien, en algún sentido, lo aprendió conmigo en clases de máster en sociología. La modernización en Chile se ha hecho con un esquema que ignora la cultura nacional y latinoamericana y, en algunos casos, la ha combatido explícitamente. Su ignorancia radica en el hecho de que se la despoja de su vinculación con la historia y se la considera abstractamente como un modelo ideal, vacío de todo vínculo social. ¿Cuántas veces se escucha decir a las autoridades que para mejorar la educación hay que mirar a Finlandia, o Nueva Zelandia, o Singapur, o cualquier otro país que lo ha hecho con eficiencia? Lo mismo ocurre en salud, economía, ciencia, deportes, etc. La cultura queda reducida al folclor o a la exportación de novelistas traducidos a otros idiomas. ¿Cómo podría evitarse la crisis con estos parámetros si no se apela al pueblo para que se alimente de sus propias raíces?

La modernización en Chile se ha hecho con un esquema que ignora la cultura nacional y latinoamericana y, en algunos casos, la ha combatido explícitamente. Su ignorancia radica en el hecho de que se la despoja de su vinculación con la historia y se la considera abstractamente como un modelo ideal, vacío de todo vínculo social. ¿Cuántas veces se escucha decir a las autoridades que para mejorar la educación hay que mirar a Finlandia, o Nueva Zelandia, o Singapur, o cualquier otro país que lo ha hecho con eficiencia?

—En el contexto de su pensamiento sociológico, ¿en qué sentido el mercado, como ámbito de la cultura, tendría un efecto corrosivo sobre esta última?, ¿ve algo de esto en los antecedentes de la crisis social chilena?

—El mercado es tan antiguo como la cultura misma. Representa una de las formas más arcaicas de la convivencia y mutua dependencia entre generaciones. De modo que el mercado como tal no representa nada corrosivo para la cultura. Otra cosa muy distinta, y particular de nuestra época, es identificar el mercado con el intercambio financiero o subordinarlo directamente a él. La distorsión, cuando ello sucede, y en la actualidad es muy frecuente, ocurre en dos aspectos. Primero, tener por real solo a aquellas instituciones que pueden «licuarse» en la toma de sus decisiones, es decir, que pueden atribuir valor presente (valor monetario) a sus grandes opciones a partir de la «teoría de los juegos», separándolas de la temporalidad real que les da su sustento. Segundo, sustituir el valor del intercambio por el valor de las expectativas del intercambio, con lo cual no se espera que las cosas sucedan, sino que se las tiene por hechos vigentes si la mayoría de las personas piensa que así sucederá. La sociedad se vuelve un simulacro y a nadie le son imputables responsabilidades reales por sus acciones. El primero, en nuestra lengua, que se dio cuenta de esta transformación fue Pedro Calderón de la Barca con su obra *El gran teatro del mundo*, una verdadera joya sociológica en el Siglo de Oro del Barroco Hispanoamericano (S. XVII).

No se puede entender la política, sin menoscabo para ella, como una actividad separada de la vida social. Como ha quedado en evidencia a partir de los hechos de octubre de 2019, la frontera entre la política y el resto de la vida social se puede diluir rápidamente en momentos de crisis.



Pedro Morandé, *Escritos sobre Universidad*. Ediciones UC, 300 páginas (2018)



Pedro Morandé, *Escritos escogidos de antropología cristiana*. Ediciones UC, 308 páginas (2017)



Pedro Morandé, *Textos sociológicos escogidos*. Ediciones UC, 362 páginas (2017)

— A propósito de la cultura latinoamericana, Gonzalo Vial, antes de morir, dijo que Chile —la República en concreto— tiene una enorme deuda social con el pueblo mapuche... ¿En qué sentido podríamos tener una deuda con los pueblos originarios?

— Hay muchas deudas históricas que, digamos la mayoría, no se pagan nunca. Sería larga la lista de los ejemplos, tanto de deudas útiles como inútiles, o de deudas fructíferas como estériles. Lo que Vial señala es más bien una metáfora para referirse a la falta de inclusión del pueblo mapuche en el Estado nacional. En algunos casos fue expoliado de sus tierras, en otros fue obligado a abjurar de algunas de sus creencias, y a someterse social y económicamente a las pautas de convivencia coloniales y, después, nacionales. Pienso que la historia no se reinventa porque alguien quiera exponerla con sus

propias categorías narrativas. La historia efectivamente vivida es parte del génesis de cada pueblo y sobrevive en las costumbres y hábitos de cada grupo social hasta el presente. Más que pretender etnicidades puras y transparentes, el problema que tiene el país es dar solución al «mestizaje» resultante con la unión de tantos pueblos que, incluso en el presente, adquiere ribetes globalizados. Como ha escrito el Papa recientemente en su encíclica *Fratelli tutti*, todos los pueblos, incluido el chileno, están invitados a respetarse recíprocamente en su dignidad y derechos con miras a una vida más humana en la verdad y en la caridad. [®]